CAPÍTULO V

El respeto debido á los niños es respeto religioso.

Si el niño, á los ojos de la Filosofía esclarecida por la Fe, parece digno de religioso respeto, es porque, por encima de las naturales gracias y prerrogativas de su edad, se vislumbra algo más levantado, más divino, que debe inspirar este respeto y elevarlo hasta Dios mismo.

En efecto, el creador, el padre, el modelo de aquel niño es Dios. Todas sus gracias naturales, sobre las que hemos fijado nuestra vista con tanta complacencia, reflejos son de la misma divina gracia; y si su Educación ha de remontarse tan alto y ha de llevarse á cabo con tan religioso cuidado, es porque esa sublime criatura lleva en el fondo de su naturaleza, en la nobleza, en el vigor, en la harmonía de sus facultades, la semblanza del mismo Dios.

Este niñito, tan humilde como le veis, está destinado á poseer un doble reino. Si lleva con dignidad su corona sobre la tierra, algún día se le franqueará el reino de los cielos; y si, aunque inferior á los ángeles aquí abajo, muchas veces se le aplica este dictado, es porque Dios le prodigó como al ángel, vida, inteligencia y amor, y, con esta naturaleza celestial, dotóle de

todas las ricas facultades, de todos los dones, de todos los maravillosos atributos que de la misma se derivan.

Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: admirables palabras, dice Bossuet, que nos revelan cómo Dios, al crear al hombre, no se propuso otro modelo que á sí mismo, y que quiso irradiar magníficamente en la humana criatura los destellos de su perfección y de su gloria.

No me quiero alargar más sobre este para mí sabroso y elevadísimo asunto; pero no puedo menos de hacer notar aquí cierta maravillosa trinidad que se encuentra en la unidad de esta naturaleza creada é imperfecta, donde se nos deja entrever una imagen vivísima y cabal, y una pasmosa semejanza de nuestro altísimo y soberano Dios.

Dios es vida, inteligencia, amor sin límites.

Dios es suprema verdad, bondad y belleza.

Pues bien, ha placido á nuestro Dios y Señor que estas perfecciones consiguientes á su propia esencia, fueran el fondo mismo del sér en este niñito. Dios ha querido que las más altas potencias de su naturaleza divina se reflejaran en las nacientes facultades de esta humildísima criatura.

El niño vive, piensa, ama, como Dios ama, piensa y vive! Lo verdadero, lo bello, lo bueno, serán el objeto esencial y único de la instrucción intelectual y moral en su Educación.

Y en la perfecta consonancia de las grandes facultades humanas con lo verdadero, lo bello y lo bueno, con la verdad, la belleza y la bondad supremas, es donde hallará el principio de la armonía, del reposo, de la plenitud, del vigor y desarrollo de sus facultades: ¡no es otra cosa educar!

Esta sublime teoría sobre las facultades del hombre, que me limito á indicar por ahora, y que desarrollaré más adelante, es raíz, principio y fundamento de la teoría de la misma Educación. Esta teoría preside al desarrollo y al ejercicio de las humanas facultades, ella sola descubre su juego, su naturaleza y su acción en el hombre ya formado, lo mismo que en el niño. Y á la vez, ella sola es la que esclarece las ciencias, las lenguas, las literaturas, la poesía y las artes que al niño se le enseñan. En todo esto aparece, desde luego, Dios; su nombre, su esplendor destellan por doquiera y hacen resplandecer como en un día divino todas las bellezas de la humana naturaleza, todas las riquezas que Dios ha depositado en ella. La divina perfección, á cuya imagen fué criado el niño, es el fin, es la forma, es la pauta, es el tipo esencial de la Educación que ha de recibir. *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza:* la palabra de Dios no puede ser más formal. Así es como Dios vendrá á ser para este niño perfección de su ser, á la vez que alimento inmortal de su inteligencia, inspiración de su corazón y vida de su alma toda entera.

Ahora se comprenderá por qué dije que la Educación es obra divina; por qué dije que el respeto debido á la naturaleza y dignidad del niño es respeto religioso, y que debía elevarse hasta Dios.

Más aquí debemos observar también que esta hermosa y sublime naturaleza, que todos estos dones del Creador piden la germinación y el crecimiento, y por sí mismos solicitan el desarrollo y la cultura de este religioso respeto.

Vida, inteligencia y amor; alma, talento, genio, juicio recto, buen gusto, voluntad, carácter, conciencia;

letras, ciencias, artes, la industria inclusive; religión, moral, verdad, virtud: todas estas propiedades del hombre están sin lustre y como sin nombre en el niño, y quedarán soterradas en las profundidades de su alma, si alguien no se toma el trabajo de estudiarlas con respeto y de cultivarlas con religiosidad.

Ahí tenéis compendiada la hermosa obra de la Educación: pero, repitámoslo una vez más, sólo una Educación respetuosa puede satisfacer tan nobles exigencias y responder á tan sublimes instintos. Sólo el sacrificio, sólo el respeto verdadero, únicamente religioso, pueden cultivar convenientemente los maravillosos dones del Criador y elevar estas bellas facultades *al vigor de su nativa integridad, establecerlas en el dominio y en la plenitud de sus actos*, y abrillantarlas con sus más vistosos quilates, coronarlas, en fin, con las flores y con los frutos de la ciencia y de la virtud.

Ahora veréis por qué la Educación, tal y como yo la concibo, no es otra cosa que profundísimo testimonio del respeto de que tan merecedora es la naturaleza. Por alta que pudiera parecer esta teoría, es, sin embargo, el cimiento sobre que descansa, y sobre el cual debe levantarse el edificio de la Educación toda entera.

¡Ah! sin duda que ésta no es obra muy hacedera; tiene vastas proporciones, y, en su aparente sencillez, ofrece numerosos é imponentes aspectos: y el respeto se resiente profundamente siempre que no tratamos con seriedad de comprenderlo y desenvolverlo en toda su grandeza.

A la verdad: siempre que no se trabaja con religiosa atención por desarrollar, por educar en el niño la naturaleza y la dignidad humanas; siempre que se descuida *formar en él* al hombre tal como Dios le ha con

cebido, al hombre tal como Dios quiere que se le forme y complete; siempre que esto no se hace, se traiciona, se viola el respeto debido al niño y á su original grandeza; y — mal que nos pese, hay que confesarlo,—esta desgracia no es rara, sino antes bien comunísima.

Lo que jamás debiéramos olvidar los educadores de la juventud es que el niño es el hombre mismo, depositario de todos los dones de Dios, de todas las esperanzas de la humanidad, que, por muy niño que sea, está ya revestido de toda la gracia, de toda la dignidad que Dios ha comunicado á la humana naturaleza. Este recuerdo bastará para sostener el ánimo de los maestros, y sostendrá su valor para no desfallecer jamás en la noble y generosa labor á que se han consagrado.

Efectivamente: cuando el Creador Supremo trató de formar al hombre, trabajó en esta gran obra sin negligencia y sin desdén: no fué para Él puro entrenimiento, como lo había sido la creación del mundo material. Es digno de ponderación que para formar al hombre, no se sirvió Dios de aquella palabra imperiosa y breve, con la que hizo surgir de las entrañas de la nada, eternamente estériles, la multitud de vulgares criaturas que suspenden nuestras miradas, siquiera comprendamos en este número el sol y la luz; sino que, recogiéndose dentro de sí mismo, pronunció una palabra de consejo, y, si puedo decirlo así, una palabra de respeto, palabra grandiosa é inmortal: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.* Y en seguida púsose á obrar con gravedad digna de tan soberanos designios.

La creación del hombre fué, pues, ante todas cosas, resultado de una deliberación suprema; en segundo lugar fué obra del todo divina, y finalmente fué un so-

plo, una expansión, una inspiración de la eterna vida: *spiraculum vitæ.*

Ved la grandiosidad de la creación del hombre: así debe ser la obra, la importancia, la grandeza de su Educación; parecido ha de ser el respeto que se merece.

Aquí está el punto capital, que, tratándose de Educar, precisa entendamos bien.

Puntualicemos algunos prácticos pormenores.

La Educación tiene por blanco formar al hombre; pero, y esto ¿qué significa? ¿cuál es la real ocupación del maestro? Escuchad:

El hombre es á la vez cuerpo y alma; inteligencia, voluntad, corazón y conciencia: así le hizo Dios.

Luego *formar al hombre* vale tanto como hacer que el niño alcance todo su desarrollo, toda la elevación, toda la fuerza, toda la belleza de que son capaces sus facultades físicas é intelectuales, morales y religiosas;

Es dar *á su cuerpo* vigor, flexibilidad, agilidad, necesarias para el expedito servicio del alma; pero ya se comprende que esto es muy poco: los mismos paganos llegaron á conocer y á confesar que el hombre *no es un espectáculo bello más que cuando la belleza y el vigor del alma se harmonizan con la hermosura y robustez del cuerpo* (1).

Gratior et pulchro veniens in corpore virtus.

VIRGILIO.

Mens sana in corpore sano.

JUVENAL.

Así pues, *formar al hombre* es ante todo y sobre todo dar á su *espíritu* hermosos conocimientos, revelarle los nobles destinos que han de ser el ornamento y la luz de

(1) PLATÓN, *Repúbl* lib. III, cap. IX.

su vida entera; es hacerle adquirir toda su fuerza y todo su desarrollo por medio de metódicos y bien proporcionados ejercicios, de trabajos intelectuales; es desarrollar en él el juicio, el discurso, el gusto, la penetración, la memoria, la imaginación, la facilidad de elocución, en una palabra, el *pensamiento* y la *palabra:* dos grandes prerrogativas de la humanidad.

Formar al hombre, tal como Dios lo pide, es al mismo tiempo robustecer su *carácter*, afirmar su *voluntad*, esclarecer su *conciencia*, é inspirar á su corazón sensibilidad tierna y generosa.

Es plantar y alimentar en su alma los instintos virtuosos que la han de impeler al cumplimiento de los deberes que tiene para con su Criador, para consigo mismo, para con la sociedad y para con sus semejantes.

Mucho es esto, á fe; pero no es todo: si á esto nos limitáramos, nuestra obra sería imperfecta, digo mal, tardaría poco en arruinarse por completo.

Lo hemos visto ya: el hombre tiene deplorables y numerosos defectos; ¡feliz él cuando no tiene más que los defectos de sus cualidades! Es una hermosa fortuna.

Con buena Educación las *cualidades* se robustecen merced á los mismos defectos que se oponen al paso, y de los que triunfan poco á poco, y así es como á la larga, y gracias á la lucha y esfuerzo personal, vienen á trocarse en otras tantas VIRTUDES. Con mala Educación, por el contrario, los *defectos* lo arrastran todo, acaban con las buenas cualidades y se convierten en VICIOS.

¿Cuál es, pues, el mayor, y de ordinario el más penoso trabajo, del instructor? Helo aquí:

Si quiere, según debe quererlo, establecer al niño en la legítima y entera posesión de las facultades de su naturaleza; si quiere por ese medio formar un *hombre*

y un hombre de verdad merecedor de ese dictado, no se limitará á procurar que crezca en el corazón del niño la inclinación á cumplir con el deber, ni á desarrollar sus cualidades; sino que se aplicará con diligencia á estudiar sus defectos, á desarraigar sus peligrosas propensiones, á reformar sus malos hábitos, á corregir sus vicios, si por desgracia hubiese alguno en esta tierna criatura: aplicaráse á prevenir, si es que puede, el despertar de las pasiones, ó cuando menos á dirigirlas con fuerza y sabiduría en tiempo conveniente. Únicamente á este precio puede llevarse á cabo tan grandiosa obra; y ved por qué he dicho ser la Educación esencialmente obra de respeto. No conozco nada que reclame sacrificio y consagración más respetuosa que este penoso trabajo. Sin la idea de Dios, sin religioso respeto para con la dignidad de la humana naturaleza, nunca jamás se trabajará sincera y animosamente en corregirla, en reformarla, en educarla.

Resumo todo lo dicho: la Educación *debe formar al hombre*, debe hacer del niño un hombre, es decir, darle cuerpo sano y robusto, espíritu penetrante y ejercitado, razón firme y recta, imaginación fecunda, corazón sensible y puro, y todo esto en el más alto grado de que sea capaz el niño que le ha sido confiado.

Ésa es su labor; ésos sus beneficios; ése el sublime y vasto pensamiento que debe presidir á todos los grados por los que pasa la humana Educación: Educación materna, Educación primaria, Educación secundaria. Sólo después de haber establecido al hombre, después de haberle *instituido*, de haberle colocado fijamente en la vida, y de haberle *establecido* como hombre cabal, la Educación retira de él sus cuidados. Entonces es cuando, según la bella expresión latina de que se sirvieron Quintiliano y Bossuet, es permitido llamar la Educación, desde este elevado punto de vista, *Institución* del hombre.

Entonces es cuando se cumple la obra de religioso respeto debido á este noble hijo de Dios.

Pero, se me dirá: ¿siempre nos habremos de elevar tan alto? ¿no se nos permitirá contentarnos con un poquito menos? Entonces ¿dónde están los instructores dignos de tal nombre?

No tengo encargo de resolver esta última cuestión; pero respondo sin vacilar: No, no se permite hacer menos.

La Educación, so pena de ser manca é incompleta, so pena de dejar al hombre incompleto, y, por consiguiente, de faltar á la dignidad de esta hermosa naturaleza, debe hacer del niño un hombre cabal.

Debe ponerle en plena posesión de sí mismo; debe, por consiguiente, desarrollar, pulir, elevar todas sus nobles facultades lo más completamente que le sea posible: no puede descuidarse ninguna.

De lo contrario será trabajo imperfecto, será educación mala: será obra ruin; y cuando se figuren que esta obra es *aquel hombre* de quien dijo Dios: *Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra*, veráse uno tentado de preguntar á estos indignos instructores, con qué derecho han venido á poner temerariamente su mano en la obra y en la imagen de Dios, para desfigurarla; en tan bellas y tan puras esperanzas, para marchitarlas, y en tan brillantes facultades, para aniquilarlas. Admírase uno, y con razón, de las culpables negligencias, de los soberbios desdenes que tan frecuentemente sufre la Educación. Uno se irrita, en fin, y se enoja profundamente ante esos sacrílegos desprecios, y—

voy á decirlo todo—ante esos cuidados mercenarios, hipócritas, cuyo objeto y cuya víctima es en tantísimas ocasiones la infancia.

Este mal, pláceme así pensarlo, procede casi siempre de falta de talento y reflexión; no se sabe y — confesémoslo llanamente — no se trabaja poco ni mucho por saber cuál sea esta grande obra de la Educación. Verdad es que no se pone en duda su radical necesidad para todos, ni el inmenso influjo que ejerce sobre el individuo, sobre la familia, sobre la sociedad entera; nadie se recata de reconocer que su fin es formar, educar al hombre y perfeccionarlo, empero lo que se aparenta ignorar ó no saber más que á medias es que, para lograr este intento, el propio y esencial carácter de la Educación es cultivar, desarrollar y fortalecer todas las facultades del hombre, sin ruin excepción ninguna.

No se comprende que la humana Educación debe ser como el hombre mismo á quien se pretende formar: sencilla, una, constante y entera. El hombre, en efecto, no ha recibido de Dios cosa ninguna que la Educación pueda descuidar: es digno de ser educado bajo todos sus aspectos. La integridad de su Educación es ley providencial de su vida y de su porvenir. No se le puede frustrar de ella á sabiendas ó por negligencia, sin traicionarle de la manera más culpable: y, sin embargo, casi nunca nos informamos ni de los instrumentos, ni de los medios de que puede y debe echar mano la Educación, para llevar á cabo su grandiosa acción, y para terminar con respeto su obra tan sagrada. De ahí tantas Educaciones ruines y menguadas, que son á la vez desventura de alumnos y vergüenza de instructores.

CAPÍTULO VI

De la humana naturaleza en el niño: de sus defectos: necesidad de conocerlos y de corregirlos.

I

Preciso nos es tornar de nuevo sobre el niño, y dar una última y profunda mirada sobre su alma, mirada que llegue hasta los más recónditos pliegues y hasta las íntimas profundidades de su naturaleza; porque allí es donde en verdad se lleva á cabo la obra de la Educación; allí es donde están ocultos los obstáculos, como también los resortes y los remedios: allí, pues, deben enderezarse nuestros esfuerzos. *Hoc opus, hic labor est.*

Pero tengámoslo bien entendido: el alma, la naturaleza del niño es todo un mundo; digámoslo con las palabras de la Escritura: *Abyssum est cor* (Eccli., XLII, 18), es un abismo que nadie podrá jamás explorar y esclarecer lo bastante.

Y añade la Escritura, hablando de este corazón, que es á la vez inescudriñable y malo: *Cor pravum et inscrutabile* (Jerem., XVII, 19); inescrutable como las alturas de los cielos, como las profundidades de la mar. *Sicut cœlum sursum, et terra deorsum.* (Prov., XXV, 5.)

Y, sin embargo, quien no haya escudriñado este